

SUBSIDIO LITÚRGICO

para el celebrante



**** Si se celebra la solemnidad de San José**_____

Dios, nuestro Padre, que nos ha congregado para celebrar hoy la fiesta de San José, patrono de los seminaristas, os bendiga y os proteja y os confirme en su paz.

R. Amén.

℣. Jesucristo, el Señor, que ha manifestado en san José la fuerza renovadora de su Misterio pascual, os haga auténticos testigos de su Evangelio.

R. Amén.

℣. El Espíritu Santo, que en san José nos ha ofrecido un ejemplo de caridad evangélica, os conceda la gracia de acrecentar en la Iglesia la verdadera comunión de fe y amor.

R. Amén.

℣. La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

DESPEDIDA

Luego, el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

En el nombre del Señor, podéis ir en paz.

R. Demos gracias a Dios.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.

RITOS INICIALES

MONICIÓN Y CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, se hace la monición de entrada (ver subsidio para el monitor). Evítese usar el ambón para las moniciones, utilícese un atril auxiliar.

En la procesión de entrada, además del sacerdote y los ministros, pueden ir tras la cruz los seminaristas, si los hubiere, o los jóvenes de grupos vocacionales.

Mientras se entona el canto de entrada:

*** Si se celebra el V Domingo de Cuaresma**_____

Me invocará y lo escucharé (CLN, A 12); Letanías de los santos; Este es el día del Señor (CLN, 712); Invoco al Dios Altísimo (CLN, 713).

Si no hay canto de entrada, los fieles o algunos de ellos o un lector recitarán la antífona de entrada (Sal 42, 1-2):

Hazme justicia, oh, Dios, defiende mi causa, contra gente sin piedad; sálvame del hombre traidor y malvado. Tú eres mi Dios y protector.

**** Si se celebra la solemnidad de San José**_____

Reunidos en el nombre del Señor (CLN, A 9); Gloria y honor a ti, Señor (CLN, A 8).

Si no hay canto de entrada, los fieles o algunos de ellos o un lector recitarán la antífona de entrada (Cf. Lc 12, 42):

Este es el criado fiel y solícito a quien el Señor ha puesto al frente de su familia.

SIGNACIÓN Y SALUDO AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

R. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

El Señor Jesús, único Mediador y Sacerdote eterno, esté con todos vosotros.

℟. Y con tu espíritu.

ACTO PENITENCIAL

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

Confianto en la Misericordia de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y en la intercesión de la Virgen María, de san José, de san Juan de Ávila y de san Juan María Vianney, pidamos perdón por la resistencia de nuestras comunidades cristianas a recibir y acoger la llamada vocacional.

Se hace una breve pausa en silencio.

Después, hacen todos en común la confesión de sus pecados:

Yo confieso ante Dios todopoderoso y ante vosotros, hermanos, que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión.

Golpeándose el pecho, dicen:

Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa.

Luego, prosiguen:

Por eso ruego a santa María, siempre Virgen, a los ángeles, a los santos y a vosotros, hermanos, que intercedáis por mí ante Dios, nuestro Señor.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

℟. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote extiende las manos hacia el pueblo y dice:

El Señor esté con vosotros.

℟. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas sobre el pueblo, dice:

** Si se celebra el V Domingo de Cuaresma _____*

Dios, Padre misericordioso, os conceda a todos vosotros, como al hijo pródigo, el gozo de volver a la casa paterna.

℟. Amén.

℣. **Cristo, modelo de oración y de vida, os guíe a la auténtica conversión del corazón a través del camino de la Cuaresma.**

℟. Amén.

℣. **El Espíritu de sabiduría y de fortaleza os sostenga en la lucha contra el maligno para que podáis celebrar con Cristo la victoria pascual.**

℟. Amén.

℣. **La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.**

℟. Amén.

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión:

** Si se celebra el V Domingo de Cuaresma*_____

El Señor es mi luz (CLN, 505); Acerquémonos todos al altar (CLN, O 24); Cerca está el Señor (CLN, O 3).

*** Si se celebra la solemnidad de San José*_____

Donde hay caridad (CLN, O 26); Como brotes de olivo (CLN, 528); En praderas de agua fresca (CLN, O 3).

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes. Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

** Si se celebra el V Domingo de Cuaresma*_____

Te pedimos, Dios todopoderoso, que nos cuentes siempre entre los miembros de Cristo, cuyo Cuerpo y Sangre hemos comulgado. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

*** Si se celebra la solemnidad de San José*_____

Señor, protege sin cesar a esta familia tuya, que ha celebrado con gozo la festividad de san José participando en la eucaristía; y conserva en ella los dones que con tanta bondad le concedes. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

KYRIES

El sacerdote:

Ahora, hermanos, cantemos a Cristo, invocado por todos los cristianos del mundo como *Kyrios*, Señor, supremo Pastor del rebaño que redime con su sangre preciosa.

El coro, el cantor o, en su defecto, el sacerdote, canta:

Kýrie, eléison. R. Kýrie, eléison.

Christe, eléison. R. Christe, eléison.

Kýrie, eléison. R. Kýrie, eléison.

GLORIA

** Si se celebra el V Domingo de Cuaresma*_____

No se dice Gloria.

*** Si se celebra la solemnidad de San José*_____

A continuación, se canta (cf. CLN, cantos que van precedidos de la letra C) o se dice el himno:

Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios, Padre todopoderoso. Señor, Hijo único, Jesucristo. Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros; porque solo tú eres Santo, solo tú Señor, solo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

** Si se celebra el V Domingo de Cuaresma _____*

Te rogamos, Señor Dios nuestro, que tu gracia nos ayude, para que vivamos siempre de aquel mismo amor que movió a tu Hijo a entregarse a la muerte por la salvación del mundo. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

R. Amén.

*** Si se celebra la solemnidad de San José _____*

Dios todopoderoso, que confiaste los primeros misterios de la salvación de los hombres a la fiel custodia de san José, haz que, por su intercesión, la Iglesia los conserve fielmente y los lleve a plenitud en su misión salvadora. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

R. Amén.

LITURGIA EUCARÍSTICA

MONICIÓN A LA PRESENTACIÓN DE LOS DONES

Antes de comenzar la Presentación de los dones, o antes de comenzar la Plegaria eucarística, se puede hacer la siguiente monición leyéndola pausadamente:

Llegamos, hermanos, a la parte principal de la celebración de la Eucaristía. Enseña el Concilio: «(...) que los cristianos no asistan a este Misterio de fe como extraños y mudos espectadores, sino que comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones (...) aprendan a ofrecerse a sí mismos al ofrecer la Hostia inmaculada, Jesucristo (...), se perfeccionen día a día por Cristo Mediador en la unión con Dios y entre sí, para que, finalmente, Dios sea todo en todos» (SC 48).

[Hoy algunos jóvenes con vocación portarán las luces durante la Plegaria eucarística].

Rogamos encarecidamente evitar la presentación de otra cosa que no sea los dones de pan y vino para el Sacrificio, y la caridad de la Iglesia, para evitar que no se siga desnaturalizando el verdadero sentido sacrificial de la Eucaristía, que no es otro que la ofrenda de Cristo mismo, y después de él, y con él, los fieles que confiesan su Nombre.

Al comenzar la Plegaria eucarística, seis muchachos con inquietud vocacional (o los que hubiere), con una lámpara en la mano, se acercan hasta las gradas del altar y allí permanecen hasta que concluya el Canon. Durante la consagración se arrodillan como los demás fieles.

El domingo V de Cuaresma sugerimos la Plegaria eucarística de la Reconciliación I. Si se ha proclamado el evangelio de la resurrección de Lázaro se ha de rezar el Prefacio propio con la Plegaria eucarística II.

La solemnidad de San José: prefacio propio de san José y sugerimos el Canon romano.

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

Oh, Dios, que quieres que todos los hombres se salven, atiende nuestras súplicas en labios de tu Hijo, nuestro Sumo y Eterno Sacerdote, y derrama la gracia de tu Espíritu Santo sobre esta asamblea santa y sobre toda la Iglesia, bendiciéndola con muchas vocaciones sacerdotales. Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos.

℟. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

MONICIÓN A LAS LECTURAS

El monitor puede hacer la siguiente monición antes de la proclamación de la primera lectura:

Cuántas veces nuestras moniciones e introducciones son palabras y más palabras, quieren explicar y ayudar a entender las lecturas de la Sagrada Escritura, pero pocas veces consiguen su cometido, porque lo más importante es desear oír a Dios, desear escuchar a Jesús, desear que el Espíritu Santo nos haga entrar, aunque solo sea por unos instantes, en lo que se nos va a narrar. Por eso, hermanos, con atención, pero sobre todo, con fe, ¡escuchad!

DOMINGO V DE CUARESMA: volumen III del leccionario, lecturas del V Domingo de Cuaresma: Is 43, 16-21; Sal 125; Flp 3, 8-14; Jn 8, 1-11.

SOLEMNIDAD DE SAN JOSÉ: volumen V del leccionario, lecturas de la solemnidad: 2Sam 7, 4-5a. 12-14a. 16; Salmo 88; Rom 4, 13. 16-18. 22; Mt 1, 16. 18-21. 24a o bien: Lc 2, 41-51a.

Como durante la Cuaresma no se canta el Aleluya, al menos la asamblea acoja la proclamación del Evangelio, reciba a Cristo con una aclamación apropiada, por ejemplo: «Gloria y honor a ti, Señor Jesús».

IDEAS PARA LA HOMILÍA

* Si se celebra el V Domingo de Cuaresma _____

Quizás alguno haya visto la película “La Pasión de Cristo”; en ella hay una escena especialmente conmovedora. Cuando Jesús va camino del Calvario y cae bajo el peso de la cruz, la Virgen María, que, conmovida, contempla la escena a distancia, arropada por Juan y las santas mujeres, recuerda una caída de Jesús, cuando niño, que acudía corriendo hacia ella. En ese momento resuenan las palabras de Isaías que se han proclamado en la primera lectura: «Mira que hago nuevas todas las cosas». Jesús parece que ha caído por la fragilidad de su infancia, o por la maldad de los que quieren acabar con Él. Sin embargo, en ese aparente triunfo de la debilidad y del pecado está sucediendo algo paradójico, se está produciendo la renovación de la humanidad.

Toda la existencia humana de Jesús es el comienzo de una nueva humanidad que le lleva hasta el extremo de perdonar, de superar toda forma de maldad y de pecado, tanto individual, como social o estructural, cuando Él mismo es víctima de esa crudelísima maldad. No solo caen sobre Él los pecados, queriendo aplastarlo y aniquilarlo, sino que Él mismo, como si los recogiera todos, sin dejar ninguno para cargarlos sobre sí, y clavarlos en la cruz, para que en contacto con su santa humanidad, con la misericordia de su corazón, con el encargo reconciliador del Padre de las Misericordias, se transformen en perdón y regeneración.

Habrán momentos en los que este propósito principal de la Misión de Jesús, entraña misma del Reino, se manifieste con especial intensidad, como es el caso del relato evangélico de este domingo. Una mujer pecadora, no más que el hombre que se fue con ella. Un grupo de gente lleno de hipocresía, que parecían honrados porque querían preservar la institución familiar, las santas costumbres judías, pero que escondían el pecado en su corazón. Manipuladores, porque su verdadero interés no era tanto la mujer, sino Jesús, para encontrar algo con lo que poder atraparlo. Jesús va desenmascarar la hipocresía del que juzga y condena a otros, y no se juzga a sí mismo ni se arrepiente. Jesús libera a la mujer de su debilidad, de su falta de juicio, de su pecado, tomándola de la mano, la misma mano que será clavada en la cruz, poniéndola de pie, es decir, liberándola de las cadenas del hábito del pecado.

Uno de los sentimientos más firmes y más gratificantes que una persona puede experimentar es el de sentirse acogido y perdonado. Vivir la experiencia de ser perdonado por Dios es algo único. Y, desde esa experiencia, extender ese sentimiento a toda la comunidad humana, propiciando siempre movimientos de acercamiento al otro, de reconciliación y de perdón. En una palabra, movimientos de renovación que lleven a todos los

estructuración y edificación de todo su Cuerpo que es la Iglesia, como cooperadores de los obispos» (PO 12).

Oremos, hermanos, por todos los sacerdotes en el mundo.

R. (*cantada*): Señor, escúchanos. Señor, óyenos.

— Enseña el Concilio: a los laicos «corresponde iluminar y organizar todos los asuntos temporales (...) de tal manera que se realicen según el espíritu de Jesucristo y se desarrollen y sean para la gloria del Creador y del Redentor» (LG 31).

Oremos, hermanos, por todos los fieles laicos.

R. (*cantada*): Señor, escúchanos. Señor, óyenos.

— Enseña el Concilio: «Los religiosos y religiosas, con su integridad de fe y caridad para con Dios y el prójimo, con amor a la cruz y con esperanza en la vida futura, difunden el buen mensaje de Cristo a todo el mundo» (PC 25).

Oremos, hermanos, por todos los religiosos y religiosas.

R. (*cantada*): Señor, escúchanos. Señor, óyenos.

— Enseña el Concilio: «El deber de fomentar las vocaciones pertenece a toda la comunidad de los fieles, que deben procurarlo, ante todo, con una vida plenamente cristiana. Ayudan, sobre todo, a estos las familias, el primer seminario, y las parroquias» (OT 2).

Oremos hermanos por las vocaciones al sacerdocio.

R. (*cantada*): Señor, escúchanos. Señor, óyenos.

— Enseña el Concilio: «El gozo y la esperanza, las lágrimas y las angustias de los hombres y mujeres de nuestros días, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son, también, gozo y esperanza, lágrimas y angustias, de los discípulos de Cristo» (GS 1).

Oremos hermanos por todos los hombres, especialmente por los que están más alejados de Dios y por los que sufren la enfermedad, el desempleo, la marginación o la soledad.

R. (*cantada*): Señor, escúchanos. Señor, óyenos.

PROFESIÓN DE FE

Acabada la homilía se hace la profesión de fe:

Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos. Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Unidos a Cristo, el único Mediador, oremos, hermanos, a Dios, nuestro Padre, dejándonos enseñar por el Espíritu Santo, que inspiró el concilio Vaticano II.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

— Enseña el Concilio: «los obispos, puestos por el Espíritu Santo, ocupan el lugar de los Apóstoles como pastores de los fieles, y, juntamente con el Sumo Pontífice y bajo su autoridad, son enviados a actualizar perennemente la obra de Cristo, Pastor eterno» (CD 2).

Oremos hermanos por el Santo Padre, el Papa, y por todos los obispos de la Iglesia.

R. (cantada): Señor, escúchanos. Señor, óyenos.

— Enseña el Concilio: «Los presbíteros, por el sacramento del Orden, se configuran a Cristo Sacerdote, como ministros de la Cabeza para la

hombres y mujeres de hoy en día a crecer en su dignificación como seres humanos, recuperar su condición de hijos de Dios.

Son tantas hoy las realidades que necesitan ser liberadas que el Señor invita a su Iglesia a suplicar el envío de obreros a esta inmensa mies. ¿Por qué espera nuestra súplica? ¿Es que no puede por su cuenta suscitar estas vocaciones en medio de tanta necesidad? Él quiere que toda la Iglesia, que cada miembro de su rebaño, participe de su misión. Como decía el apóstol Pablo: «Tened en vosotros los mismos sentimientos de Cristo Jesús». Cuando la comunidad cristiana entera se deja penetrar de estos sentimientos, las familias cristianas hablan a sus hijos de la vocación sacerdotal, los sacerdotes no tienen miedo a mostrarse como tales y presentar su vida a los niños y a los jóvenes. Los jóvenes cristianos se ilusionan con ser sacerdotes, los colegios religiosos se preocupan también de idear en sus gabinetes pedagógicos campañas para presentar la maravilla de la vocación sacerdotal.

Es verdad que a la indiferencia hacia lo religioso de los noventa y del dos mil se ha sumado en la última década una hostilidad que algunos califican de cristofobia. Pero ha de ser más fuerte la conciencia en los cristianos de la necesidad de los sacerdotes para que se siga realizando: «A quien a vosotros escucha a mí me rechaza» y a través, sobre todo en la sagrada liturgia, veamos que sucede lo anunciado por Isaías: «Mira que hago nuevas todas las cosas». Y para que a través de una vida santa, una vida al lado de los necesitados, de los que buscan la verdad y de las víctimas del pecado se pueda seguir escuchando: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré».

*** Si se celebra la solemnidad de San José _____*

En esta solemnidad, en la segunda lectura de la Misa leemos: «Como todo depende de la fe, todo es gracia». En este texto de la carta a los Romanos se presenta a Abrahán como padre de una

gran descendencia. Hasta las hipótesis de los exegetas, que afirman que la descendencia de Abrahán vendría a ser el resultado de coaliciones tribales, evidencia que más importante que una herencia biológica es el haberse convertido en el germen de una descendencia de hombres y mujeres de fe que llega hasta José y María de Nazaret, de los cuales habla la Escritura. Dice del primero: «Hizo como le había mandado el ángel». Y de la Virgen María: «Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra». Más que nunca, en esta oportunidad de gracia que es el Año de la fe, es necesario comprender la vocación sacerdotal desde su fundamento: el don y la experiencia de la fe. Todo depende la fe.

¿Cómo surge la vocación? A veces nos perdemos en explicaciones sociológicas y psicológicas. Sin despreciar ninguna de los factores que configuran al individuo concreto, en último término el Señor hace sentir su llamada en los sueños de cada uno, a través de la experiencia de la fe. La imagen del sueño, de la que habla el evangelio, es muy sugerente. Primero porque se trata de un recurso teológico para expresar en algunas situaciones la iniciativa divina; en una situación como es el estar dormido, en la que el ser humano no dispone de sí. Pero a la vez para evitar que se sienta avasallado por la evidencia, de modo que tenga que enfrentarse, también, con la duda para ejercitar la fe. A José le asaltan las dudas. ¿He soñado lo que he oído o lo que oído es el sueño de Israel? Las dudas se disipan y los acontecimientos luego le darán la razón. Se sentirá dichoso de haberse fiado y haber obedecido. En María no había la menor sombra de traición. Y el niño será el Niño soñado por Israel, como anunciara el profeta Isaías: «Un Niño nos ha nacido, un Hijo se nos ha dado». Y le ha tocado a José. Con ella irá descubriendo que todo depende de la fe y como consecuencia todo es gracia.

La imagen de los sueños es elocuente porque evidencia el hecho de que todo ser humano, más si este es un adolescente o un joven,

tiene sueños, tiene ilusiones, desea hacer algo con su vida, hacer algo en la vida, ser algo. A veces uno se topa que la triste realidad de encontrar a jóvenes que carecen de ellos. “Ninis”, ni estudian, ni trabajan, ni tienen sueños. Pero en los que los tienen sueños puede aparecer un ángel del Señor que les invita como a José a acoger a Jesús en su vida.

Los ángeles del Señor están esperando entrar en los sueños de muchos jóvenes para hacerles escuchar la voz del cielo. El ángel del Señor puede estar escondido tras el testimonio de caridad de un sacerdote que lleva acogiendo a su mesa de la casa rectoral, desde hace muchísimos años, cada domingo, a pobres y transeúntes. Puede estar postrado en adoración en las solemnes celebraciones litúrgicas que preside el Santo Padre y que elevan el corazón a lo más alto del cielo. Puede estar llevando del brazo a una anciana hija de la caridad, toda la vida dedicada a los niños huérfanos o de familias desestructuradas, y que dice que no tiene tiempo para descansar, que ya descansará cuando la llame el Señor. Puede estar sentado en la cocina de esa abuela que vive sola y que se llena de alegría y sufre cuando llegan sus nietos y les hace la señal de la cruz en la frente porque su hijo y su nuera no quieren bautizarlos. Puede estar ayudando a empujar a una madre la silla de su marido y del hijo adolescente, afectados de esclerosis, que encuentra tiempo para vivir entregada a los niños de un colegio, algunos muy pequeños, organizándolos en grupos de oración ante Jesús en la Eucaristía.

Cuando un joven se encuentra con estos ángeles, aunque tenga mil dudas, aunque tenga que hacer los test de los gabinetes psicológicos, aunque tenga que enfrentarse a un entorno familiar y de amigos, incluso hostil, decide, como san José, recibir en los sueños de su vida a Jesús. ¡Ah!, y a María. Desde ese momento sabrá que todo depende la fe, que todo es gracia. Que el Ángel del Señor entró en sus sueños, en sus ilusiones, en sus esperanzas y le dijo: «No tengas reparo dejar entrar en tu casa a Jesús».